



# PRISIONEROS DE LA PRISA

RAUL GUERRA GARRIDO

Me pregunta José Luis Merino, para su especie de cuestionario Proust surrealista, si considero al reloj como la medida del hombre contemporáneo, le contesto que no, que yo al reloj le considero lo que es: la coartada del estúpido. No hay ejecutivo que no base su personalidad en la prisa, en el gesto fetichista de sobar una muñeca.

Nada tan sospechoso como la prisa sistemática, desconfíen del apresurado con el baile de San Vito.

Chico, no tengo tiempo para nada.

La frase se repite con demasiada frecuencia. Hay hombres que no tienen tiempo para leer, ni para charlar con los amigos, ni para contestar una carta, ni para llegar puntuales a una cita. Por supuesto tampoco lo tienen para cumplir bien y en plazo su propio trabajo.

Quien no tiene cabeza tiene pies. Los ocupadísimos han optado por lo peripatético, se olvidan de las llaves, del beso de despedida y hasta del objeto del viaje. Si van a más de cien por la autopista no es por la urgencia del asunto, sino porque el coche es capaz de correr así.

Se han tragado el mito del hombre de acción, mimesis del ejecutivo yanqui de película en technicolor, y toman por las hojas el rábano de la aceleración histórica, pues no saben utilizar con cabeza ni el reactor ni el télex. Su cerebro diminuto les obliga al movimiento perenne y en zig-zag que, en la naturaleza, sigue todas las partículas diminutas, el continuo movimiento browniano que apenas si se desplaza con tantas vueltas del punto de partida y que estadísticamente se toma como punto inmóvil. La casuística les domina y les pierde. Si es administrativo le obsesiona la póliza, con la cual se convierte en burócrata, y si es técnico, le obsesiona el tornillo, con lo cual se

transforma en laborante. Sean lo que sean carecen de perspectiva.

Se les distingue por su seriedad. Son personas serias que no se ríen de sí mismas. No se ríen nunca porque jamás comprenden el chiste. Les falta perspectiva porque son incapaces de detenerse y pensar. Lejos de nosotros el feo vicio de utilizar el pensamiento, nos enfrentáramos con nosotros mismos, con nuestro vacío interior y la experiencia sería terrible. Sin serenidad no es posible la visión panorámica, descifrar el laberinto, dar con el camino, buscar el atajo y una vez definido seguirlo con calma. El que tropieza y no cae adelanta terreno, pero con prisa se tropieza, se cae y el camino se abandona por considerarlo inaccesible.

El apresurado hombre de acción naufraga en la paradoja de las grandes sentadas, en el inmovilismo de las continuas reuniones; la acción deviene sedentarismo, no se hacen las cosas sino que se habla de ellas. Cómo decir adiós no es irse y del dicho al hecho hay un gran trecho, el país entero está inmovilizado, quieto en asamblea, consejo y mitin. No se hace nada o muchas cosas incompatibles se hacen simultáneamente, o sea, mal. El invento de la comida de trabajo es típico, ni se come ni se trabaja. Así al hombre de acción le crece la barriguita y se obsesiona con el tenis del domingo. No me sale el revés, dice optimista cuando en realidad todo le sale al contrario.

Y es que a algunos les sostiene la prisa, si se la quitas se derrumban, se les cae el disfraz de terciopelo y muestran lo que son, pequeños estúpidos, tan engreídos como incompetentes. Antes de ganar la medalla de oro en la Olimpiada de Moscú, Zatopek le dijo a su mayordomo: «Visteme despacio que tengo prisa».

El reloj es su coartada